

Capítulo Quince

Respondiéndole al Necio

En los últimos dos estudios hemos comenzado a ver la apologética desde el punto de vista bíblico. Se ha señalado que (1) la perspectiva intelectual del no creyente es la de un “necio” (en el sentido escritural), (2) el no creyente proclama una pseudo-sabiduría que en realidad es un odio, una destrucción del conocimiento, (3) Dios reduce a necedad la sabiduría del mundo y la avergüenza por medio de Su pueblo, quienes son capacitados para derribar toda imaginación exaltada contra el conocimiento de Él, y (4) para poder darle una respuesta al necio el creyente debe seguir un doble procedimiento: (a) *negarse* a contestar en términos de las presuposiciones del necio, pues éstas socavan la posición cristiana, y luego (b) *responder* en términos de las presuposiciones del necio para mostrar hacia dónde conducen, a saber, la inutilidad epistemológica.

Aquí encontramos el curso prescrito para ofrecerle una respuesta a todos los hombres que piden una razón para la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 Pedro 3:15). La estrategia apologética ensayada anteriormente cumple la precondition presentada por Pedro para defender la fe, que “santifiquemos a Dios *el Señor* en nuestros corazones.” Al rehusarnos a suspender la verdad presupuesta de la palabra de Dios cuando argumentamos con aquellos que critican la fe cristiana, reconocemos el señorío de Cristo sobre nuestro pensamiento. Su palabra es nuestra autoridad última. Si fuésemos a razonar con el no creyente de tal manera que confiáramos en nuestros propios poderes intelectuales o en las enseñanzas de los (así llamados) expertos (en ciencia, o historia, o lógica, o cualquier otro campo) más de lo que confiamos en la veracidad de la revelación de Dios, terminaríamos el argumento (si es consistente) concordando con el no creyente. En el lenguaje de Proverbios 26, le responderíamos al necio y terminaríamos siendo *como él*.

También, al emplear el procedimiento apologético presentado anteriormente podemos llegar a la misma conclusión de Pablo en 1 Corintios 1, que la perspectiva intelectual del no creyente es, en su base, una total necedad. Por consiguiente, podemos responder de manera retórica “¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el disputador de este mundo?” El hecho del asunto será abundantemente manifiesto: Dios enloquece la sabiduría del mundo, y lo hace por medio de la palabra de la cruz. Al demostrarle al necio que sus presuposiciones pueden producir solamente un *falsamente llamado* conocimiento, el creyente le responde de tal manera que no puede ser sabio en su propia opinión. De este modo, este doble procedimiento en apologética presuposicional apunta al éxito argumentativo sin comprometer la fidelidad espiritual. Ofrece una explicación razonada de la esperanza cristiana al mismo tiempo que reduce todas las posiciones contrarias y críticas a la impotencia. Por supuesto que se ha de recordar en este punto, que el apologista debe realizar esta labor destructiva “con mansedumbre y reverencia” (1 Pedro 3:15b).

Un resumen útil e instructivo del enfoque presuposicional a la apologética se ofrece en 2 Timoteo 2:23-25.

Pero desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas.
Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto

para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad.

Primero, el pasaje pone muy en claro que el apologista simplemente no debe tener una actitud arrogante al tratar con los no creyentes. Debe ser gentil, paciente, cortés y no pendenciero. Estos atributos son difíciles de manejar para la mayoría de las personas que sostienen posiciones doctrinales muy fuertes y que son diligentes para defender esas posiciones. Es fácil volverse obstinado y celoso para dominar a tu oponente. Sin embargo, es la actitud opuesta, la que es pacífica y gentil, la que demuestra que nuestra sabiduría *viene de lo alto* (Santiago 3:13-17).

Segundo, este pasaje enseña que aquellos que son desafiados a defender su fe no deben consentir en responder en términos de la incredulidad necia. Pablo nos ordena *rechazar* las cuestiones necias e insensatas – es decir, cuestiones que son presentadas desde el punto de vista del necio. No hemos de someternos a la perspectiva autónoma que desecha la verdad de Dios; no hemos de acceder a la demanda de neutralidad agnóstica en nuestras discusiones. La cuestión o tema orientado por el necio ha de ser puesto a un lado. Sin embargo, la acción de evitar las cuestiones necias no toma la forma de silencio, pues el pasaje anterior indica que *hemos de educar* a quien nos plantea preguntas. Se ha de ofrecer una respuesta, pero no una respuesta que se conforma a las presuposiciones necias que hay detrás de la pregunta. De otra forma, lo que resultará es la contención antes que la educación.

Tercero, se revela que el no creyente “se opone a sí mismo.” Por medio de sus presuposiciones necias el no creyente en realidad opera contra él mismo. Él desecha la verdad clara acerca de Dios que es fundamental para un entendimiento del mundo y de uno mismo, y afirma una posición que es contraria a su mejor conocimiento. Es intelectualmente esquizofrénico. Esto debe hacerse claro.

Cuarto, Pablo indica que lo que necesita el no creyente no es simplemente información adicional. En vez de eso, necesita que su pensamiento sea totalmente *trastornado*; debe experimentar una conversión hacia un conocimiento genuino de la verdad. Hasta que esta revolución suceda el no creyente tendrá un conocimiento de Dios que le *condena* (cf. Rom. 1:18ff), pero un conocimiento genuino o sincero de la verdad – un conocimiento *salvador* – puede venir *únicamente* con la conversión. Al no creyente se le debe enseñar a renunciar a su autonomía fingida y a someterse a la clara palabra de autoridad, la palabra de Dios.

Finalmente, el pasaje antes citado no deja duda en cuanto a cuál debe ser la fuente del éxito apologético: la soberana voluntad de Dios. Un hombre será convertido sólo si esto le es *concedido* de parte de Dios. Puesto que es Él quien determina los destinos de todos los hombres (cf. Efe. 1:1-11), Él es quien también determina si nuestro testimonio apologético será fructífero o no. De modo que, nos corresponde evitar cualquier intento de “mejorar” el enfoque escritural a la apologética. Nuestra responsabilidad es ser fieles a las instrucciones del Señor. Él bendecirá la obediencia a Su voluntad; el éxito no puede venir por evadirla.

Tomado del sílabo del curso “*Una Introducción Bíblica a la Apologética*,” por el Dr. Greg L. Bahnsen (págs. 37, 38).

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>